



Sucedió en el gobierno de aquel reino su hijo Abdelmelich el mismo año que murió su padre, que se contaba de los árabes trescientos y noventa y tres; tuvo aquel cargo y mando por espacio de seis años y ocho meses. Desde este tiempo el reino de los moros, que por esfuerzo de Mahomad se conservara (de tan grande momento es muchas veces una buena cabeza), comenzó manifestamente á declinar é ir de caída. Las discordias domésticas, peste de los grandes imperios y el poco gobierno fueron causa deste mal.

Abdelmelich, más amigo de ocio que de guerra, mostró no hacer caso de las semillas y principios de aquella discordia que debiera al momento atajar. Verdad es que luégo que murió su padre, acometió á hacer guerra á los cristianos, y puso grande espanto: mayormente en la ciudad de Leon todo lo que quedaba entero de la destruccion pasada ó de nuevo se reedificara, lo echó Abdelmelich por tierra y lo abatió. Tovavía los principios desta guerra fueron para los moros más alegres que el remate, porque açudió el conde D. García, y con su venida forzó los moros á volver las espaldas, y muertos muchos dellos, tornar en pequeño número á su tierra. La desconfianza y miedo que les entró despues deste daño, fué tan grande, que no trataron más de hacer guerra en tanto que Abdelmelich tuvo aquel cargo.

La alegría deste buen suceso no fué pura, ántes se agrió y destempló con la carestía de mantenimientos que causó la falta de las lluvias. Gudesteo, obispo de Oviedo, estaba preso por mandado del rey, iba en tres años. Acostumbraba este príncipe á dar oídos á los chismes de hombres malos. Esto se persuadia el pueblo era la causa del daño, y los hombres santos decian ser la hambre castigo del cielo por el agravio que se hacia al obispo inocente, y anunciaban que si no habia enmienda, se seguiria alguna grave peste. Temíase algun alboroto, porque la muchedumbre, cuando se mueve por escrupulo y opinion de religion,

más fácilmente obedece á los sacerdotes que á los reyes; fué, pues, Gudesteo sacado de la cárcel. Este mismo año, que se contó del nacimiento de Cristo, 999 y fué apretado por la dicha carestía grande y falta extraordinaria, se hizo tambien señalado por la muerte que sucedió en él del rey D. Bermudo. En un pueblo llamado Beritio falleció de los dolores de la gota que mucho tiempo le trabajaron. Fué sepultado en Villabuena ó Valbuena; dende pasados veintitres años le trasladaron á la iglesia de San Juan Bautista de la ciudad de Leon.

Tuvo dos mujeres llamadas, la una Velasquita, la otra Doña Elvira. Á la primera repudió, más por la libertad de aquellos tiempos que porque lo permitiese la ley cristiana; tuvo en ella una hija llamada Cristina. De Doña Elvira tuvo dos hijos, que fueron D. Alonso y Doña Teresa. Demas desto, de dos hermanas, con quien más mozo tuvo conversacion, dejó fuera de matrimonio á D. Ordoño y á Doña Elvira y á Doña Sancha. Cristina, la hija mayor del rey D. Bermudo, casó con otro D. Ordoño, llamado el Ciego, que era de sangre real. Deste matrimonio nacieron D. Alonso, D. Ordoño, D. Pelayo, y fuera destes Doña Aldonza, que casó con D. Pelayo, llamado el Diácono, nieto del rey D. Fruela II deste nombre, hijo de don Fruela, su hijo bastardo. De D. Pelayo y de Doña Aldonza nacieron Pedro, Ordoño, Pelayo, Nuño y Teresa; destes procedieron los condes de Carrion, varones señalados en la guerra de valor y de prudencia, como se declara en otro lugar. Volvamos á la razon de los tiempos. Pelagio Ovetense y D. Lucas de Tuy atribuyen á este rey D. Bermudo lo que arriba queda dicho de Ataulfo, obispo de Compostella, del toro feroz y bravo que soltaron contra él sin que le hiciese daño alguno. Nos damos más crédito en esta parte á la Historia Compostellana que dice lo que de suso relatamos; y es bastante muestra de estar mudados los tiempos en los que esto dicen, y del engaño no hallarse por estos años algun obispo de Compostella que se llamase Ataulfo.

CAPÍTULO XXVI

De D. Alonso el V, rey de Leon.

Ayos del rey D. Alonso en su menor edad, por mandado del rey D. Bermudo su padre, fueron Melendo Gonzalez, conde de Galicia, y su mujer llamada doña Mayor. Los mismos, por quedar D. Alonso de cinco años, gobernaron asimismo el reino con grande fidelidad y prudencia conforme á lo que dejó en su testamento el rey muerto mandado, en que vinieron todos los estados del reino. Llegado el nuevo rey á mayor edad, para que los ayos tuviesen más autoridad, y en recompensa de lo que en su crianza y en el gobierno del reino trabajaron, le casaron con una hija que tenían, llamada doña Elvira. Tuvo deste matrimonio dos hijos: D. Bermudo y doña Sancha. Reinó por espacio de veintinueve años. El segundo año de su reinado, que fué de Cristo el milésimo justamente, por muerte del rey de Navarra don Garci Sanchez, el Trémulo ó Temblador, sucedió en aquel estado un hijo que tenía en doña Jimena su mujer (no aciertan los que la llaman Elvira ó Constancia ó Estephania), por nombre D. Sancho. Este príncipe, en su menor edad, tuvo por maestro á Sancho, abad de San Salvador de Leyre, que le enseñó todo lo que un príncipe debe saber. y amaestró en todas buenas costumbres: reinó treinta y cuatro años: fué tan señalado en todo género de virtudes, que le dieron sobrenombre de Mayor, y alcanzó tan buena suerte, que todo lo que en Espa-

ña poseian los cristianos, casi lo redujo debajo de su imperio y mando; bien que no acertó ni fué buen consejo dividillo y repartillo entre sus hijos, como lo hizo, menguando las fuerzas y majestad del reino.

Cuán quietos estaban los dos reinos cristianos por la buena maña de los que los gobernaban, no ménos se alteraron por este tiempo las armas de Castilla primero, despues las de los moros. Los unos y los otros, por las diferencias domésticas, se iban despeñando en su perdicion. D. Sancho García se apartó de la autoridad del conde Garci Fernandez su padre y de su obediencia: no se sabe por cuál causa, sino que nunca faltan, en las casas reales mayormente, hombres de dañada intencion, que con chismes y reportes encienden la llama de la discordia entre hijos y padres. Puede ser que D. Sancho, cansado de lo mucho que vivia su padre, acometió tan grave maldad, por serie cosa pesada esperar los pocos años que, conforme á la edad que tenia, le podrian quedar. Vinieron á las armas, y divididas las voluntades de los vasallos entre el padre y el hijo, las fuerzas de aquel estado se enflaquecieron: no estuvo esto encubierto á los moros, que la provincia estaba en armas, dividida la nobleza, alborotado el pueblo con sus valedores de la una y de la otra parte. Acordaron aprovecharse de la ocasion que la dicha discordia les presen-



taba. Con esta venida de los moros y entrada que hicieron, la ciudad de Ávila, que poco á poco se iba reparando, de nuevo fué destruida; y la Coruña y Santistéban de Gormaz en el territorio de Osma, padecieron el mismo estrago.

Grande era el peligro en que las cosas estaban, y áun con el miedo de fuera no se seosegaban las alteraciones y parcialidades; si bien se entretuvieron para no llegar del todo á rompimiento y á las puñadas. El conde Garci-Fernandez, movido por el daño que los moros hacían, con los que pudo juntar, salió al enemigo al encuentro. Alcanzóles por aquellas comarcas y presentóles la batalla. Fué brava la pelea: el conde, que llevaba poca gente, quedó vencido y preso, con tales heridas, que dellas en breve murió. Tuvo el señorío de Castilla como treinta y ocho años, quién dice cuarenta y nueve. No fué desigual á su padre en la grandeza y gloria de sus hazañas. Los enemigos le quitaron la vida; la fama de su valor dura y durará. Su cuerpo, rescatado por gran dinero, le sepultaron en el convento de San Pedro de Cardena. Dióse esta desgraciada batalla el año de mil y seis. El año luégo siguiente mil y siete, en Toledo, una grande creciente abatió el famoso monasterio Agaliense: los monjes se pasaron al de S. Pedro de Sahelices. Así lo dice el arcipreste Juliano. Dejó el conde una hija llamada Doña Urraca, que fué monja en el monasterio de San Cosme y San Damian del lugar de Covarrubias. Este monasterio edificó el conde su padre desde los cimientos, y le dotó de grandes heredades y gruesas rentas; dióle muchas alhajas y preseas. Puso por condicion que si alguna doncella de su descendencia no quisiese casarse, sustentase la vida con las rentas de aquel monasterio.

Sucedió en el señorío y condado de Castilla al padre muerto su hijo D. Sancho, afeado y amancillado por haberse levantado contra su padre, y por el consiguiente dado ocasion á aquel desastre. Por lo demas fué piadoso, dotado de grandes virtudes y partes de cuerpo y de ánima. Falleció por el mismo tiempo en Córdoba el Alhagib Abdelmelich; sucedióle en el cargo Abderrahman, hombre malo y cobar-

de; por afrenta le llamaban vulgarmente Sancido.

Muerto éste dentro de cinco meses, Mahomad Almahadio, que debía ser del linaje de los Abenhumeyas, tomadas las armas, se apoderó del rey Hissem, que con el ocio y con los deleites estaba sin fuerzas y sin prudencia, y no se conservaba por su esfuerzo, sino con la ayuda de otros. Publicó que le quitára la vida, degollando otro que le era muy semejante; maña con que Almahadio quedó apoderado del reino de Córdoba y Hissem vivo; que le pareció guardarle para lo que aviniese. Esto pasó el año que se contaba de los árabes cuatrocientos justamente. Acudió desde África un pariente de Hissem, llamado Zulema: éste, con los de su valía y gente que se le arrimó, además de las fuerzas de D. Sancho, conde de Castilla, que le asistió en esta empresa, y con él hizo liga, en una batalla muy herida que se dió cerca de Córdoba, venció al tirano Almahadio. Murieron en esta pelea treinta y cinco mil moros, que era toda la fuerza y nervio del ejército morisco y de aquel reino; por donde adelante comenzaron los moros á ir claramente de caida. Señalóse sobre todos el conde D. Sancho, su valor, esfuerzo y industria, y fué la principal causa que se ganase la jornada.

Almahadio, despues desta rota, se retiró y encerró dentro de la ciudad, y lo que tenía apercebido para los mayores peligros, sacó á Hissem de donde le tenía escondido y preso, Puesto á los ojos de todos y en público, amonestó al pueblo antepusiesen á su señor natural al extranjero y enemigo. Los ciudadanos, turbados con el temor que tenían del vencedor no hacían caso de sus palabras y amostaciones en ocasiones semejantes cada cual cuida más de asegurarse, que de otros respetos. Así le fué forzoso, dejada la ciudad á su contrario, retirarse á Toledo. Llevó consigo, á lo que se entiende, á Hissem, ó sea que le escondió segunda vez. Era Alhagib de Almahadio, y como vi-rey suyo, otro moro llamado Almahario. Éste, con deseo de fortificarse contra las fuerzas y intentos de los contrarios, y para ayudarse de socorros de cristianos, pasó á Cataluña para con toda humildad rogar á aquellos señores le acu-



diesen con sus gentes. Propúsoles grandes intereses, ofrecióles partidos aventajados. Los condes D. Ramon, de Barcelona, y Armengol, de Urgel, persuadidos de aquel bárbaro, con buen número de los suyos se juntaron con las gentes que en aquel intermedio el tirano Almahadio tenía levantadas en Toledo y su comarca, que eran en gran número y fuertes. Contábanse en aquel ejército nueve mil cristianos y treinta y cuatro mil moros.

Juntáronse las huestes de una parte y de otra en Acanatalhacar, que era un lugar cuarenta millas de Córdoba; al presente, un pueblo llamado Albacar está á cuatro leguas de aquella ciudad. Trabóse la batalla, que fué muy reñida y dudosa, ca los cuernos y costados izquierdos de ambas partes vencieron, los de manderecha al contrario. Zulema y el conde D. Sancho al principio mataron gran número de los contrarios. Entre éstos á los primeros golpes y encuentros murieron los obispos Arnulpho de Vique, Aecio de Barcelona, Othon de Girona; cosa torpe y afrentosa que tales varones tomasen las armas en favor de infieles.

El mismo conde de Urgel fué asimismo muerto. Almahadio con su esfuerzo reparó la pelea, y animando á los suyos, quitó á los enemigos la victoria de las manos. Zulema, como se vió vencido y desbaratados los suyos, se huyó primero á Azafra; despues desconfiado de la fortaleza de aquel lugar determinó irse más léjos; que fué todo el año de los árabes de cuatrocientos y cuatro, de Cristo mil y diez. Quedó el reino por Almahadio, si bien Almahario, su alhagib, lo gobernaba todo á su voluntad conforme á la calamidad de aquellos tiempos aciagos, en que pasó tan adelante, que despues de la partida de D. Ramon, conde de Barcelona, sin ningun temor ni respeto, alevosamente dió la muerte á su señor: una traicion contra otra. Con esto Hissem, el verdadero rey, fué restituído en su reino. La cabeza de Almahadio el tirano enviaron á Zulema, su competidor, que en un lugar llamado Citava se entretenía por ver en qué pararian aquellas revoluciones tan grandes.

Pretendian y deseaban los moros que el dicho Zulema se sujetase á Hissem como á ver-

dadero rey y deudo suyo, por quien al principio mostró tomar las armas. Él, encendido en deseo de reinar, cuya dulzura es grande, aunque engañosa, y que con muestra de blandura encubre grandes males, juntaba fuerzas de todas partes y hacia de ordinario correrías en las tierras comarcanas. La parcialidad de los Abenhumeyas, de que todavía quedaban rastros en Córdoba, era aficionada á Zulema, y por su respeto trataba de dar la muerte á Hissem. No salieron con su intento, á causa que el dicho rey, avisado del peligro, usó en lo de adelante de más recato y vigilancia. Zulema, perdida esta esperanza, solicitó al conde D. Sancho para que por respeto de la amistad pasada de nuevo le ayudase. El conde, despues de haberlo todo considerado, se resolvió de confederarse con Hissem, de quien esperaba mayor ganancia, y en particular asentó que le restituyese seis castillos que el alhagib Mahomad por fuerzas de armas los años pasados quitára á los cristianos, lo cual él hizo forzado de la necesidad, por no faltar á tales esperanzas de ser socorrido en aquella apretura, y privar á su contrario de aquel arrimo. En el entretanto Obeydalla, hijo de Almahadio, con ayuda de sus parciales, se hizo rey de Toledo. Otros le llaman Abdalla, y afirman que tuvo por mujer á doña Teresa, con voluntad de D. Alonso su hermano, rey de Leon: gran desórden y mengua notable. Lo que pretendía con aquel casamiento, era que las fuerzas del uno y del otro reino quedasen más firmes con aquella alianza; demas que se presentaba ocasion de ensanchar la religion cristiana si el moro se bautizaba, segun lo mostraba querer hacer.

Con esto, engañada la doncella, fué llevada á Toledo: celebráronse las bodas con grande aparato, con juegos y regocijos, y convite que duró hasta gran parte de la noche. Quitadas las mesas, la doncella fué llevada á reposar. Vino el moro encendido en su apetito carnal. «Ella »afuera (dice) tan grave maldad, tanta torpeza. Una de dos cosas has de hacer, ó tú con »los tuyos te bautiza y con tanto goza de nuestro amor; si esto no haces, no me toques. De »otra manera, teme la venganza de los hombres, que no disimularán nuestra afrenta y tu



»engaño, y la de Dios, que vuelve por la honestidad sin duda y castidad de los cristianos. De la una y de la otra parte te apercibo »serás castigado. Mira que la lujuria, peste »blanda, no te lleve á despeñar.» Esto dijo ella. Las orejas del moro, con la fuerza del apetito desenfrenado, estaban cerradas: hízole fuerza contra su voluntad. Siguióse la divina venganza, que de repente le sobrevino una grave dolencia: entendió lo que era, y la causa de su mal. Envió á doña Teresa en casa de su hermano con grandes dones que le dió. Ella se hizo monja en el monasterio de San Pelagio de Leon, en que pasó lo restante de la vida en obras pías y de devoción, con que se consolaba de la afrenta recibida. Á Obeydalla no le duró mucho el reino; vencieronle las gentes del rey Hissem, y preso fué puesto en su poder.

Continuaban las revueltas entre los moros, y las alteraciones en todas las partes de aquel reino. Á los cristianos se ofrecia muy hermosa ocasion para deshacer toda aquella gente, si juntadas las fuerzas quisieran ántes mirar por la religion, que servir á las pasiones de los moros y ayudallos. Mas esta fué la desgracia de todos los tiempos: siempre las aficiones particulares se anteponen al bien comun, y ninguna cosa de ordinario ménos mueve, que el celo de la religion cristiana. Las tierras de los moros no sólo eran trabajadas con la llama de la guerra, sino tambien de gravísima hambre, por haberse tanto tiempo dejado la labor de los campos. Zulema, visto que el conde D. Sancho no le ayudaba, hizo sus avenencias con los reyes moros de Zaragoza y Guadaluja. Con estas ayudas se apoderó de Córdoba por fuerza; y como Hissem se huyese á África, tornó Zulema á recobrar todo aquel reino de nuevo. Entre los que seguian á Hissem, uno llamado Haytan tenia el primer lugar en autoridad y poder. Éste se apoderó de Orihuela, ciudad asentada á la ribera del mar Mediterráneo, y por la comodidad de aquel lugar hizo venir á España, con intencion que le dió de hacerle rey, á Hali Abenhamit, que tenia por Hissem el gobierno de Ceuta. Zulema no era igual en fuerzas á los dos enemigos. Así fué en batalla vencido cerca de Córdoba; y por los ciudada-

nos entregado al vencedor, y muerto por mano del mismo Hali, con palabras afrentosas y ultrajes que le dijo, ca le dió en cara haber sido el primero que contra el rey Hissem, su legítimo señor, tomó las armas.

No hay fidelidad entre los compañeros del reino: quejábbase Haytan que Hali, el nuevo rey, no guardaba lo capitulado con él: hizo conjuracion y liga con Mundar, hijo de Hiaya, rey de Zaragoza; juntaron de cada parte sus huestes, dióse la batalla cerca de Córdoba, en que Haytan fué vencido. Tras esto, por ocasion de la muerte de Hali, queria Haytan hacer rey á Abderrahman Almortada. La muerte de Hali fué desta manera: salió de Córdoba en seguimiento de Haytan, llegó á Guadix, y allí sus mismos eunucos le mataron, en un baño en que se lavaba, año de los árabes cuatrocientos y ocho. Sucedió, por voto de los soldados, en aquella parte del reino y en Córdoba, un hermano de Hali, llamado Cazin, que hicieron los de aquella parcialidad venir de Sevilla, do en aquella sazón moraba. Tuvo el reino por espacio de tres años, cuatro meses, veintiseis dias, con desasosiego, á causa que el Almortada ya dicho, con asistencia de Haytan y de Mundar, se apoderó de Murcia y toda aquella comarca, y se llamó rey. Era hombre soberbio Almortada, y que ni daba grata audiencia, ni recibia bien á los que venian á negociar; y á los que le dieron el reino, como si fueran sus acreedores, los miraba con ojos torcidos y sobrecejo, que fué causa de su perdicion. En Granada, por conjuracion de los suyos, y con voluntad del señor de aquella ciudad, fué muerto.

Cazin, con la muerte de Almortada, le pareció quedaba de todo punto por rey, en especial que con desseo de ganalle la voluntad los de Granada, le enviaron los despojos del enemigo muerto. En breve, empero, aquella alegría le salió vana, se regaló y se mudó en nuevo cuidado. Los ánimos de la muchedumbre alterada nunca paran en poco: así los ciudadanos de Córdoba, con ocasion de que Cazin se partió á Sevilla, alzaron por rey á Hiaya, sobrino del mismo, hijo de su hermano Hali, hombre manso y liberal, de que mucho se paga la muchedumbre y el pueblo. Pero como



éste se fuese y partiese á Málaga, de que ántes era señor, Cazin tornó por las armas á hacerse señor de Córdoba, año de los árabes cuatrocientos y catorce. Este nuevo señorío que tuvo de aquella ciudad, le duró poco, solos siete meses y tres dias. Por causa de un alboroto que ocasionó en la ciudad la insolencia de los soldados que maltrataban á los ciudadanos, fué forzado á huir á Sevilla, en que asimismo no pudo detenerse mucho tiempo, por tener su contrario ganadas las voluntades de aquella ciudad. Despues desto, anduvo vagabundo y descarrado, hasta tanto que al fin vino á poder de Hiaya, y fué puesto por él en prision.

Eran los más destos reyes del linaje de los Alavecinos, bando muy poderoso en aquel tiempo en fuerzas y en autoridad. Los ciudadanos del bando contrario, es á saber, de los Abenhumeyas, se juntaron, y hechos más fuertes, alzaron por rey á Abderrahman, hermano de Mahomad (creo de aquel Mahomad Almahadio, que fué el primero que tomó las armas contra Hissem); pero con la misma liviandad fué muerto dentro de dos meses. La severidad que él mostraba, y la inconstancia de aquella gente fueron causa de su perdicion. Con tanto, un cierto Mahomad fué puesto en su lugar; tuvo el reino un año, cuatro meses y veinte y dos dias; éste al tanto murió á manos de los ciudadanos. Lo mismo sucedió al hijo de Hali, llamado Hiaya, que era del bando contrario, y el tiempo pasado fué alzado por rey; ca con la misma deslealtad del pueblo le mataron en Málaga, en que, como queda dicho, estaba retirado. Reinó en Córdoba solos tres meses y veinte dias. Por su muerte, Idricio, hermano de Hali y tío de Hiaya, fué llamado para ser rey desde África, do era señor de Ceuta.

Éste, llegado que fué á España, por el derecho que tenia del parentesco con los dos príncipes susodichos y por las armas, se apoderó del reino de Granada, de Sevilla, de Almería y de otras ciudades comarcanas. Lo Mediterráneo quedó por Hissem, ca despues de la muerte de Hiaya los de Córdoba le habian vuelto al reino, ó era otro del mismo nombre, que aquellos ciudadanos de nuevo levantaron por rey, que en todo esto hay poca claridad. Los

desórdenes de los que gobiernan suelen redundar en daño de sus señores, como sucedió á Hissem: que su alhagib, que era como virey que lo gobernaba todo, por ser cruel y apoderarse de los bienes públicos y particulares, acostumbrado á sacar ganancia de los daños ajenos y desgracias, fué causa que la ciudad se alborotó de suerte que el alhagib fué muerto y el rey echado del reino. En aquella revuelta, un cierto Humeya, ayudado de una cuadrilla de mozos desbaratados y revoltosos, entró en el alcázar y pidió á los soldados que le alzasen por rey. Excusábanse ellos por la deslealtad de los ciudadanos, revuelta y desgracia de los tiempos. Decíanle que escarmentase en cabeza ajena, y por el ejemplo de los otros entendiese claramente que semejantes intentos no salian bien. Á esto, «hoy, dijo él, me llamad rey, y matadme mañana.» ¡Tan poderoso es el deseo de mandar, tan grande la dulzura de ser señores! Todavía, por orden de los ciudadanos, fueron echados de la ciudad á un mismo tiempo este Humeya y el Hissem ya dicho, y con ellos todos los Abenhumeyas como causa de tan graves daños.

Hissem, trabajado con tanta variedad de cosas como por él pasaron, últimamente paró en Zaragoza: recibióle benignamente el rey de aquella ciudad, llamado Zulema Abenbut. Dióle un castillo, llamado Alzuela, en que pasó como particular lo restante de su vida. De Idricio no dice en qué parase el arzobispo D. Rodrigo, que refiere esta cuenta de los postreros reyes de Córdoba, con alguna mayor oscuridad de la que aquí llevamos; mas ¿cómo se puede relatar con claridad revuelta tan confusa y tan grande? Resta decir que desde este tiempo el señorío de los moros, que por tantos años tuvo tan gran poder en España, se enflaqueció de guisa que se dividió en muchos señoríos: cada cual de los que tenian el gobierno se llamaron reyes de las ciudades que tenian á su cargo, sin que nadie en aquellas revueltas les fuese á las manos. Así en lo de adelante se cuentan muchos reyes en diversas partes: en Córdoba, Jahuar; en Sevilla, Albucacin y su hijo Habeth; en Toledo, Haitan, el que ayudó á Hali, rey de Córdoba, al principio, y despues fué su contrario.



Hijo deste rey de Toledo fué otro Hissem, nieto de Almenon, bien que algunos dan más antiguo principio que éste á los reyes moros de Toledo. La verdad es que aquella ciudad, con sus reyes que tenía ó tomaba, muchas veces se rebeló contra los reyes de Córdoba. Los moradores de ella se atribuían el primer lugar entre las ciudades de España, y por esta causa no podían llevar que les hiciesen demasías. En otras ciudades remanecieron otrosí nuevos reyes; mas no hay para qué contarlos aquí, ni áun se podría hacer con precisión y claridad.

Basta saber que estos señoríos se conservaron y permanecieron hasta tanto que los almoravides, linaje y gente muy poderosa, de África, pasaron en España, con su rey y caudillo The-sephín, que fué el año de los árabes de cuatro-cientos y ochenta y cuatro, año que concurre con el de mil y noventa y uno de Cristo, y en otro lugar más á propósito se relatará. Al presente volvamos atras al cuento de las cosas que los cristianos, el conde D. Sancho y el rey don Alonso obraron.

CAPITULO XXVII

De lo demás que sucedió en tiempo del rey D. Alonso.

D. Sancho, conde de Castilla, deseoso de vengar la muerte de su padre, con ayuda de los leoneses y navarros, con quien el año pasado puso confederacion, entró por tierra de Toledo metiendo á fuego y á sangre todo lo que topaba. El mismo estrago hizo en tierra de Córdoba, hasta donde los nuestros entraron, animados con el buen suceso: en ambas partes hicieron presas de hombres y de ganados. Si los daños fueron grandes, mayor era el miedo y quebranto de los moros, que divididos en bandos y por las discordias civiles apenas se conservaban, tanto que los que poco ántes ponían espanto al nombre cristiano, fueron forzados de comprar por gran dinero la paz. Sepúlveda, asentada en la frontera, se ganó de moros, y con ella Osma, Santistéban de Gormaz y otros pueblos por aquella comarca, que en la guerra pasada se perdieron, volvieron á poder de cristianos. Desde este tiempo se otorgó á la nobleza de Castilla, como dicen muchos autores, que no fuesen forzados á hacer la guerra á su costa sólo con esperanza de la presa, segun acostumbraban á hacer ántes, sino que les señalasen sueldo á la manera que en las otras naciones estaba recibido de todo tiempo. La reputacion y gloria que el conde

D. Sancho ganó por esto camino, escureció grandemente la muerte que dió á su madre con esta ocasion. Aficionóse ella á cierto moro principal, hombre muy dado á deshonestidades y membrudo. Dudaba de casarse con él, no tanto por el escrúpulo, como por miedo de su hijo: recelábase de la saña que el dolor y afrenta le causarían: determinó con darle la muerte hacer lugar y camino á aquellas bodas malvadas: aparejábale ciertos bebedizos y ponzoña mortal.

El conde, avisado de todo, forzó á su madre, con muestra de honrarla, aunque lo rehusaba y contradecía, de hacerle la salva y gustar la bebida que le daba. Principio de que algunos sospechan nació la costumbre recibida y muy usada en algunas partes de España, que las mujeres beban ántes que los varones. Otros refieren que una camarera de la condesa, que la vió destemplan las hierbas, dió aviso á su marido (no falta quien le llame Sancho del Valle de Espinosa), y él al conde, y que por este servicio tan señalado desde entónces ganó el privilegio que hasta hoy tienen los de su tierra, los Monteros de Espinosa, de guardar de noche la persona y la casa real. Verdad es que para dar este cuento por cierto yo no hallo